

**E**N reciente coloquio, al que fui invitado por un Colegio Mayor universitario, me pidieron que hiciera un breve exordio para situar el problema que se debatiría después y que consistía nada menos que en las perspectivas del futuro de España. Pensé que lo mejor era presentar un inventario de lo que había, de la actualidad, de la nación en la que vivimos y de la que partimos, traducido en cifras, en guarismos, en planteamientos concretos, en certidumbres y en carencias. No se me ocultaba lo arriesgado de tal síntesis, inexacta como todas las síntesis, seguramente desequilibrada en proporciones, falta de claroscuros suficientes para acercar los hechos a la realidad. Sin embargo, realicé el esfuerzo, apretando en un lapso mínimo de tiempo un manojo máximo de datos y observaciones. Obré, como si un emisario de otro planeta me pidiera en breve y urgente resumen, lo que yo le podía explicar de la comunidad a la que pertenezco y que se halla situada en el confín sudoccidental de Europa.

¿Cómo se puede hacer el inventario de una nación? ¿Con las solas estadísticas de población, renta por habitante, producto nacional bruto, desempleo, emigración externa, presupuesto interior y balance de pagos? ¿O será preciso añadir también los factores educativos, culturales, religiosos, étnicos, que inciden en el comportamiento y en los hábitos de nuestros compatriotas? La salida al mercado de trabajo exterior de dos millones de nuestra población activa, ¿es más importante en sí que la enorme y rápida migración interior que despuebla regiones enteras y satura, en cambio, comarcas industrializadas? Los desequilibrios crecientes entre las provincias situadas en vanguardia del desarrollo económico y las que descienden a los últimos puestos de renta por habitante, ¿no están llegando a crear la imagen de las «dos Españas», pero ahora no en torno a talantes ideológicos o metafísicos, sino a dos grupos comunitarios de los cuales uno avanza y se distancia cada día más del otro, que retrocede?

¿Qué relieve tiene en un futuro inmediato el hecho de que un porcentaje cercano al sesenta por ciento de nuestra población tenga menos de cuarenta años? ¿No será este juvenilismo mayoritario, factor de primera importancia en la convivencia de mañana? Si hoy, por fortuna, no existen ya, prácticamente, analfabetos en las nuevas generaciones, ¿no será ello una inevitable exigencia en orden a convertir a estos seres que leen y escriben y tienen acceso a la cultura, en ciudadanos participantes con libertad y responsabilidad en la conducta del negocio público?

La sociedad española está en movimiento a ritmo semejante al de otras colectividades que pasaron por niveles parecidos de expansión y crecimiento. Su dinamismo, sus tensiones, sus conflictos, revelan casi siempre que el organismo está vivo, que su fisiología y su metabolismo restallan en ocasiones porque les falta sitio, cauce, ámbito en qué canalizar sus aspiraciones, análogas a las de cualquier otra comunidad en desarro-

## EL INVENTARIO

llo de características aproximadas. Por eso resulta más necesario que las instituciones que se hallen inacabadas en su proyecto se completen, y que las terminadas ya funcionen y cumplan con rigor y autenticidad sus exigencias internas propias. A medida que el tiempo pase, las instituciones del ordenamiento legal vigente cobrarán mayor importancia. Y junto a ellas, la interpretación que de las mismas y de su contenido haga el gobernante. La hermenéutica ha de predominar sobre la dogmática. A Talleyrand le preguntaron, restaurado Luis XVIII, si creía utilizable en parte o en todo la legislación de Bonaparte. «O las leyes de Licurgo», contestó. El ánimo y el propósito del que gobierna es lo esencial.

«¿Qué América queremos hacer?—se preguntaba en voz alta, ante un selecto grupo profesoral y universitario, el presidente Nixon en un arranque de sincera meditación—. ¿Queremos ser el abanderado del anticomunismo, o el defensor de los ideales democráticos, o el policía que impone en el mundo el orden del «statu quo» cuando éste se altera? ¿O queremos ser una gran nación envidiada por sus instituciones, por su civismo, por la libertad controlada de su vida pública, por estar en vanguardia del avance técnico, por la permanente revolución social que modifica sin cesar los estamentos tradicionales, por haber atacado de raíz la pobreza, la polución, el gigantismo urbano y tantas otras lacras de nuestra sociedad?»

Renan decía que una nación era un plebiscito cotidiano. No diría yo tanto. Pero sí creo que en las naciones libres el consenso directo o indirecto de la población constituye un apoyo sustancial para que el gobierno se sienta acompañado en una tendencia que trata de imponer. Ese cordón umbilical entre la sociedad y los que ejercen el poder resulta vital en los Estados modernos no despóticos. Examen abierto de los grandes temas que afectan al devenir nacional. Debate público y crítico de las diversas soluciones que puedan tener desde los ángulos de variadas perspectivas que ofrecen los grupos y estamentos diferenciados que constituyen la sociedad. En eso consiste

esencialmente la base democrática de los gobiernos. No en que haya, necesariamente, ni parlamentarismo dominante ni mul-

tipartidismo divisor ni elecciones cada semana ni disgregación social, imagen peyorativa y caricaturesca que sirve para confundir. La democracia es un ejercicio de responsabilidad moral de las gentes y grupos que forman una ciudadanía nacional. Su consenso está basado en aceptar unas reglas del juego coherentes, que permiten deducir de la libre consulta unas coordenadas de tendencia predominante que definan por un tiempo el rumbo del ejecutivo. Y, por supuesto, su cimiento está en que la alternativa en el ejercicio y disfrute del poder tenga siempre el camino abierto para acceder a él por las vías legales.

Nuestros problemas están ahí, planteados, como los de todo gran país en desarrollo, con vitalidad y crecimiento rápidos, que marcha irrevocablemente a convertirse en una sociedad industrial moderna de masas. Esos problemas ni son insolubles ni son imposibles de encauzar, aunque tengan su proceso y su condicionamiento precisos. Pero si se bloquea la posibilidad de su presentación misma, con cuestiones previas de procedimiento, será difícil que ese inventario logre su propósito de servir de trampolín inicial para el gran despegue. La hora de los cambios está modificando de modo trascendente el equilibrio de la posguerra en el panorama internacional. Los grupos de países que se encuadran en los ordenamientos que exige el factor dimensional de la civilización tecnológica se van perfilando poco a poco. En Europa van a ser diez los que tomen la iniciativa del ambicioso intento. Con ellos tenemos vecindades, intercambios, relaciones exaltadas, cultura común, historia entrelazada. Todo conspira en favor de un entendimiento progresivo, de un acercamiento, de una futura integración de la que se han hecho en horas recientes, públicos, cálidos y reiterados propósitos.

Las grandes cuestiones que afectan sustancialmente a un país y califican su inventario no cambian gran cosa en su esencia, aunque se modifiquen, claro es, sus circunstancias. Mucha ha sido la alteración de España desde hace cien años acá. Pero en 1882, el gobernante español pronunciaba en el Ateneo de Madrid las siguientes palabras: «Mándanos el deber nuestro, visiblemente, que entremos en el número de las naciones expansivas... que sobre sí han tomado el empeño de llevar a término la ardua empresa... Pero no es posible que entremos en ese corto número de naciones superiores sin que nuestra vida interior, por de pronto, y la exterior, a su tiempo, se ajusten estrictamente a tal intento.»

Cánovas definió bien en esas palabras la evolución necesaria de su tiempo. Creía, como todo gran político, que cada hora tiene sus modalidades, y que en la ágil adaptación a ellas, dentro del respeto a unos principios, estaba la clave del equilibrio, virtud que caracteriza al hombre de Estado, soñador de futuros con los pies bien asentados en el suelo.

José María DE AREILZA